

La perra

Kōbō Abe

No soporto a los perros. El sólo verlos me da en el estómago; pero me casé lo mismo. Desde luego, sé perfectamente que un perro y un casamiento representan problemas distintos. En mi caso, lo importante fue el perro, no el matrimonio. Aunque en realidad, más desagradables que los perros son sus dueños. Que críen perros con un propósito determinado como cuidar ovejas, o tirar de trineos, o aun como una parte de sus medios de producción, vaya y pase, pero no puedo soportar a aquéllos que crían perros sólo para atarlos a la entrada de sus casas nada valiosas: para mí esos tipos son la escoria de la humanidad.

Mi compañera de matrimonio era una modelo del estudio donde yo enseñaba; no era necesario que me lo dijeran: sabía perfectamente bien que ella no poseía ninguna virtud rescatable, ni sensibilidad, ni inteligencia. Siendo por principio contrario al uso de modelos desnudas, al comienzo no me detenía siquiera a saludarla. Pero a "F", mi amigo del Grupo Arte Real, le entusiasmaba, por lo que la tenía transitando constantemente el estudio y yo no podía evitar verla. Aun cuando no tuviera qué hacer, ella deambulaba por ahí. De alguna manera se detenía delante de los baños, o en rincones poco transitados de los pasillos, como esperando a los estudiantes que trataban de acariciarla al pasar. Cuando alguno la abrazaba, levantaba las manos por encima de su cabeza como si protegiera algún objeto frágil y fingía resistir lanzando chillidos; pero desde luego se dejaba acariciar en medio de risitas. Te parecerá bastante estúpido, pero ésto se había convertido casi en una costumbre del estudio. Y quien la inició fue naturalmente "F". Según él, eso era la materialización de la carne, es decir, uno de los ejercicios diarios para hacer de una mujer una modelo. Yo pensaba justamente lo contrario: ¿no era en realidad una sencilla carnalización de la materia? Es por eso que el fauvismo no sirve, después de todo. Los estudiantes se entusiasmaban ayudándola en su supuesto ejercicio más que haciendo sus trabajos de pintura.

Al principio insistí en tomar otra modelo; pero no por eso los estudiantes abandonaron la costumbre, y como es natural, no podía haber tantas que se avinieran a un hábito tan especial. Por lo tanto, se la volvía a llamar enseguida. Los estudiantes, con las caras mudadas por la excitación, apenas podían esperar el turno. Tan pronto se reunían dos o tres, no era raro que empezaran a discutir acaloradamente enfrascados en un análisis estético sobre ella. Esas discusiones, para colmo, podían empezar en medio de mis clases. Llegó a resultarme penosa la ida al estudio para enseñar. En cuanto cruzaba el umbral del edificio, tenía la sensación de que mi cerebro se volvía una banana podrida.

Un día sorprendí a un estudiante cuando trataba de abrazarla descaradamente en medio del estudio. Le di una bofetada. El tipo se quedó tranquilo: ni siquiera parpadeó. Irritado, le di otra bofetada. De repente, me devolvió el golpe; era varias veces más

fuerte que yo.

"¿Qué pasa? ¿Qué piensan éstos que es el arte? Los tipos no bromean; al contrario, son realmente serios. Ella debe ser la causa de todo este mal", pensé. "F" y yo discutimos durante toda la noche. Empecé por señalar varios de sus defectos; como ejemplo cité el mal gusto de enrollar constantemente con vendas algún lugar de su cuerpo, fuera el cuello, los brazos, las piernas o los muslos. "F" replicó: "Es obvio que se trata de una hipocondriaca... se diría que quiere convertirse en algo abstracto, carente de vida productiva... ¿Acaso no es ella lo que tú buscas?" Yo le contesté: "Ella no es nada abstracta ni simbólica, nada de eso; ¡más bien parece un parásito! Todo lo que me dices es de un sentimentalismo que me estremece. ¿O no comprendes que ustedes la están arruinando?" "Sí, sí, por supuesto", dijo "F", sin ceder un centímetro en su discusión. "Pero no son sus vendas lo que está en cuestión. Como yo me dirijo a su verdad interior, no veo las vendas para nada; en cambio tú, al estar consciente de su carne, adviertes esas cosas..."

Siguió un alegato violento sobre lo que pasaría si adornáramos a la Venus de Milo con aretes y anillo en la nariz, pero ambos nos cansamos antes de llegar a una conclusión. Seguidamente traté el asunto de la perra que ella tenía; pero dejaremos el asunto por ahora, puesto que más adelante tendré que entrar en detalles sobre esto. Finalmente, "F" dijo: "Te has vuelto muy susceptible. Con seguridad padeces un agotamiento nervioso. ¿O será que hay algo entre tú y ella que quieres ocultarme? Si es ése el caso, no repares en mí."

Abandoné el estudio enfurecido. Cuando iba por el corredor sentí que algo se enredaba a mis piernas: era la perra. Al levantar la cabeza ella estaba frente a mí. ¡De modo que había escuchado toda nuestra conversación! "¿Qué está haciendo a estas horas de la noche?", quise saber, pero ella simplemente levantó los brazos y meneó su cuerpo sin abandonar su risita, como suponiendo que yo la abrazaría. Avancé un paso hacia ella y repetí la pregunta: "¿Qué anda haciendo a estas horas de la noche?"

Eché más atrás la cabeza y dijo: "Los muchachos del estudio esperan ahí afuera, emboscados."

No, no me digas una sola palabra. Después de todo, no entenderías nada de esto. No importa lo que me digas, no pude evitar el casarme con ella. Pero lo malo del asunto fue que ella insistió en traer a la perra.

En el caso de un perro común no me hubiera importado tanto, pero ésta era una total rareza, parecía un gusano. Tenía una cabeza desproporcionadamente grande, unida a un cuerpo largo y delgado que siempre giraba y se retorció como por rabia o capricho. Como no tenía cola, sacudía el cuerpo, como quebrándolo en dos partes, en cuanto veía a cualquiera. Pero al tener la cabeza demasiado pesada, las patas traseras de algún modo queda-



ban flotando y en consecuencia el animal perdía el equilibrio y daba vuelta en el aire. Un espectáculo lamentable y ridículo de verdad. Era la resaca de la especie canina.

Para colmo, la bestia no ladraba nunca. "Gemía" emitiendo sonidos como "ouh, ouh" o "guh, guh", como un tartamudo, y la única ocasión en que emitía algo parecido a un ladrido era cuando se encontraba ante un macho. Me avergonzaba de tal modo que, para ser sincero, no podía ni mirarla a los ojos. Siempre me clavaba su mirada hostil con la expresión de una viuda desconsolada y nada atractiva pero con un aire de ser juiciosa. No nos quitaba la vista de encima, sin importar lo que estuviéramos haciendo. Si pedía a mi mujer que sacara a la desgraciada afuera, me ignoraba, diciendo que a ella le gustaba ser observada por el animal. Si le dirigía una mirada fija y amenazadora, aun sin levantar la mano, se aplastaba en el piso lanzando un gemido como si estuviera a punto de morir. Hasta que mi mujer corría hacia ella y le acariciaba la cabeza, la perra no se calmaba. Tales demostraciones me sacaban de quicio. Pensaba, ya que debía tener un perro, por qué razón no podía ser uno que fuera realmente un perro-perro. . .

A pesar de todo, al parecer, su genealogía correspondía a la del pastor alemán. El supuesto hecho de que sus padres hubieran sido traídos en avión por su dueño, un militar americano, era motivo de cierto orgullo para mi mujer. Lo malo era que la perra fue el producto de un incesto. Pese a todo elegí la senda del matrimonio: y peor aún, comencé una lucha diaria con la perra.

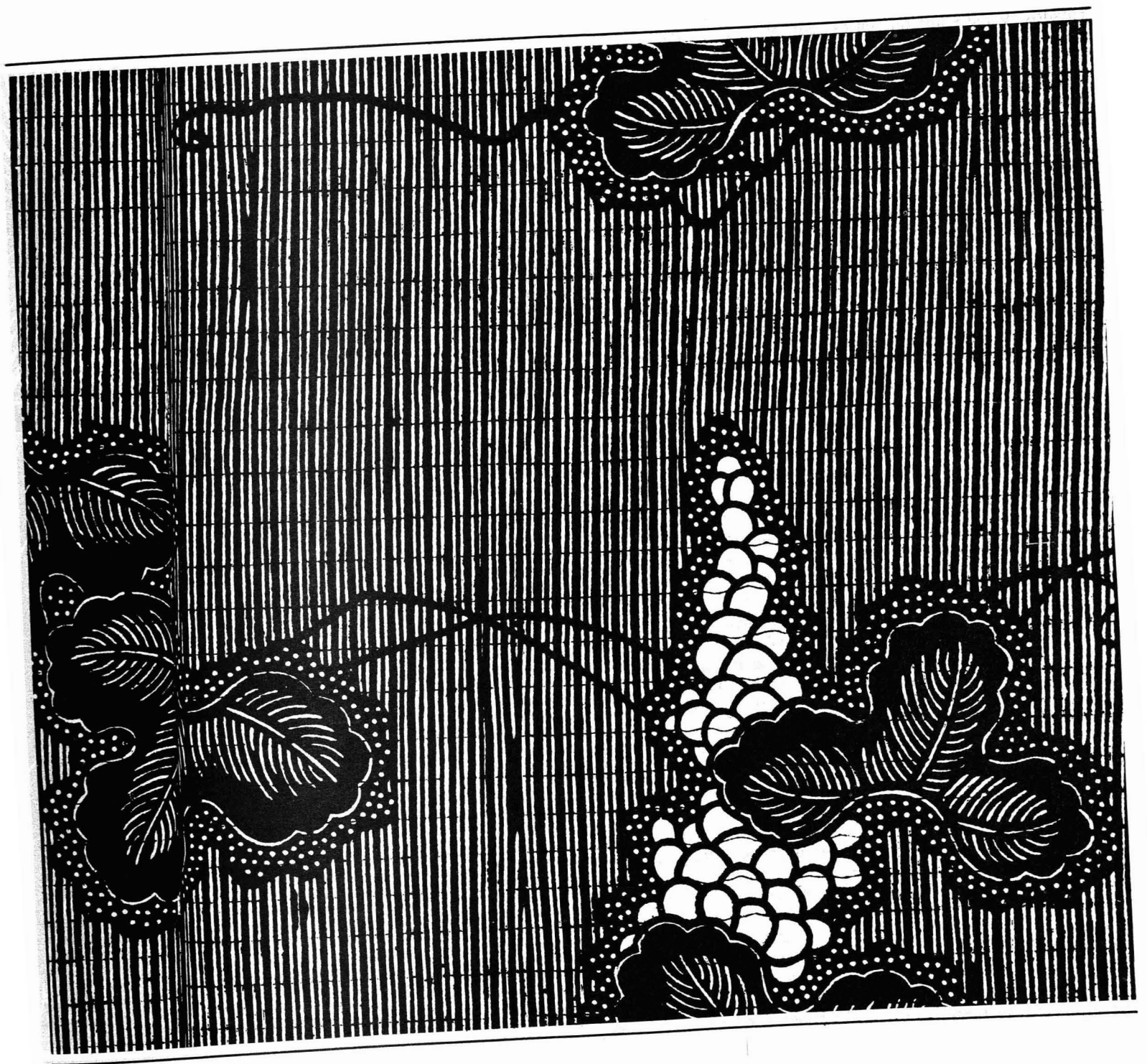
Luché continuamente. También ella, impertérrita, sostenía su batalla conmigo. Al principio no pensé que se requeriría algo especial para obtener lo mejor del perro. Después de todo, los perros no tienen ni memoria ni conciencia de sí mismos; si fingiera que no notaba su desagradable servilismo, no dejaría de ser, en el mejor de los casos, una simple sombra espesa. De hecho, en un tiempo le dio por arrinconarse sentada en actitud melancólica, sin molestarme. Pronto debí comprender el error de haber subestimado a la zorra. Caí en la cuenta de que un perro puede ser una molestia por el solo hecho de existir, de estar por ahí, en algún lugar. ¡Eso es! ¿Cómo pueden ser tan insistentes estando ahí? Pero su existencia no es responsabilidad de ellos solamente. La razón de que existen es que los dejamos existir. Me sentí absolutamente incapaz de pensar en una sola razón por la que debería sufrir conscientemente ese objeto insignificante. No me habría importado si mantener a esa perra hubiera tenido algún sentido; pero no lo tenía, y por lo tanto, me molestaba. Pensaba, si tuviera una pistola, "bang", un sólo tiro bastaría, cuando súbitamente el animal lanzó un aullido y se pegó al piso. ¡Qué bajeza, qué estupidez!

Sus gustos en comida eran otra causa de irritación. No podía mascar huesos como los demás perros; la comida fría no servía: sólo platos calientes. Si el *sake* era bueno, tomaba una buena

cantidad. Lo más horrible de esa perra era que, aun pudiendo ser miserablemente torpe, a veces su comportamiento hacía pensar que era capaz de entender la palabra humana. Un día en que lavé su retrete y lo dejé en el durmiente de la ventana para que seca, debió haber sentido urgencia de descargarse, pues husmeaba el lugar habitual con aire perplejo. Qué espectáculo lamentable, pensé. Mi mujer y yo reíamos de lo que tomamos como instinto animal, cuando de pronto la perra apareció con unos diarios viejos que encontró en alguna parte, y después de defecar en ellos, con su boca hizo cuidadosamente un envoltorio. El animal tomó luego el paquete entre sus dientes, y colocándolo en mi falda se acurrucó plácidamente a los pies de mi mujer. Después de eso, cada vez que advertía a la perra escuchando nuestra conversación, refrenaba mis palabras. Probablemente todo no era más que el caso de "las falsas palabras de Hans, el caballo parlante", sólo un temor infundado de mi parte. En definitiva, seguía pensando, a los perros no les es posible comprender el habla humana, pero aún no podía estar seguro.

Comencé a concebir la idea de adiestrar al animal cuando vi que perdía toda presunción de guardián, poniéndose en cambio a mendigar el afecto de los extraños más aún que el nuestro; me resultaba inaguantable la estúpida inocencia con que esa zorra brincaba con sólo ver, por ejemplo, al basurero. Y había de empeorar con los vagos del estudio merodeando la casa. En esos casos el animal corría como loco a lo largo de las ventanas: e infaliblemente veía que los tipos urgaban el interior de la casa. Eso era el colmo. Se convirtió en tal molestia que hubiera querido quitarle la luz de la vida, pero mi mujer me refrenaba con algún cliché trivial, como "es porque no la quieres lo suficiente", y yo recobraba la cordura y aguantaba. La perra volvía hacia mí sus ojos malignos y astutos como saboreando la victoria. Si tan sólo me hiciera el favor de ser más como un perro, un perro-perro, no necesitaría mantenerla en el menosprecio. Comencé pues a reorganizar el adiestramiento del pastor alemán sobre líneas más espartanas. Pero sin ningún resultado positivo. Cuando comencé con los ejercicios, se limitó a echarse sobre el lomo, haciendo la muerta como una araña o un escarabajo volcado. No había manera de manejarla. Si intentaba la menor rudeza, se levantaba con un aullido tres veces más alto de lo necesario. Para mis vecinos debí ser el peor de los sádicos.

A esa altura cambié mis planes. Esta zorra tenía una cabeza desproporcionadamente enorme. Quizá podía tener inteligencia. Tal vez era la precursora de alguna nueva raza, un producto de mutación. ¿Cómo resultaría educarla para perro-prodigio? Tal vez un circo la compraría por una gran suma y mi mujer, para quien el dinero lo es todo, dejaría ir al animal de buen grado. Al fin podría deshacerme de la perra y obtener dinero al mismo tiempo. Dos pájaros de un tiro, por así decir. Rápidamente abandoné métodos



pasados, y me embarqué en esa educación que habría de integrar al máximo la vida canina en la de los humanos. Mi mujer también se interesaba en el esfuerzo y cooperaba de todo corazón. La perra resultó tener una agradable disposición y empeñaba en obtener nuestro afecto el triple de su fervor habitual. Pero debo decir que fue progresando, y comenzó a parecerse a la gente a un grado pavoroso. Aprendió a sonarse el hocico usando toallitas de papel, a fumar, aun a escupir con magistral adustez, y finalmente a asentir y a negar con la cabeza. Era la risa lo que no acertaba a aprender. Después de todo era demasiado esperar de la perra que comprendiera la psicología de la risa.

La pintura con que participé en la muestra colectiva de otoño era un retrato de la perra tratando desesperadamente de reír. Su expresión no dejaba de ser divertida y decidí que debía pintarla; casi como si fuera una Mona Lisa canina, podría decir. Aunque resulte fuera de tema, debo decir que desde que empecé a vivir con mi mujer perdí todo interés en la pintura abstracta. Lo admito, tenías razón con respecto a mí. Creo haberme convertido en un realista total.

En el preciso momento en que terminé el retrato, sucedió una cosa horrible. Mi mujer estaba lavando fuera del cuarto. La perra estaba encima de la cama, entregada a morder pausadamente un pedazo de pan con mermelada —aunque mi mujer y yo habíamos acordado saltar una comida. Dejé el pincel con alivio; ordené al animal que riera para hacer una última comparación entre la tela y la modelo. Para mi sorpresa, hizo una mueca mostrando los dientes. “Bien...”, mascullé para mis adentros, “finalmente ha reído. Debe estar de buen humor”. A lo cual contestó, con voz plañidera: “¿No eres tú el que está de buen humor?” Sonaba algo embozado, pero era fácil recoger las palabras. Me asusté a tal punto que creía desmayarme. Mis piernas se aflojaron y automáticamente me senté. Intenté replicar, pero aquel nudo en mi garganta no se transformaba en habla. Oí el ruido de los pasos de mi mujer. Reuniendo todas mis fuerzas, apenas conseguí decir: “Te ruego que no hables a mi mujer. Le dará un síncope y morirá fulminada si llegas a decir algo de improviso. Por favor, quédate callada delante de ella.” La perra magnánimamente asintió con la punta de la nariz.

Es horrendo cuando un perro llega a hablar. Esa noche la perra esperó a que mi mujer se fuera a dormir; he aquí las palabras que susurró en mi oído: “Sabes, los perros no son ni la mitad de estúpidos de lo que tú crees. Son suficientemente inteligentes como para saber lo que los humanos están pensando. Me has tratado bastante mal, como si fuera una imbécil. Sin embargo, tengo espléndidos colmillos; son excelentes para despellejar humanos. No, el secreto de mi éxito es mi capacidad de fingir que adulo para conseguir afecto. Pero cuando quiera que lo hago, es sólo con un propósito, lo mismo que cuando pongo el rabo entre las patas.



Tengo todo calculado de antemano. Más vale que me trates bien; puedo hacerte pasar malos momentos. Sabes bien que una persona como tú no está en condiciones de tenerme amarrada. . .”

(Apuesto a que nunca pensaste que los perros hablarían así.)

Bien, hace unos diez días el catálogo de la exposición de otoño llegó por correo. Mi mujer lo hojeó, y de pronto levantó la cabeza, acercándose a mí: “¿Se supone que éste es mi retrato? ¡Un principiante de la academia podría hacerlo mejor!” Y de esa boca suya, que hasta entonces sólo había conocido como fuente de las mayores trivialidades, salieron, una tras otra, una serie de expresiones rarísimas nunca oídas por mí hasta entonces. Quedé estupefacto y temeroso. No sabía cómo explicarle. Por algún error, había sido impreso en el catálogo: “Retrato de mi mujer”, obra de “S”. A la mañana siguiente mi mujer se fue.

Amarré la perra a un poste de la cama y la amordacé. Ahora se mostraba como era; se puso brava y me mordió un brazo y una pierna. Pero a esta altura, yo el humano, seguía siendo el más fuerte. La perra no podía estar erecta y tenía dificultades en sostener el peso de su enorme cabeza. Más aún, cosa lamentable, cuenta con la desventaja decisiva de no poder mover los dedos. Pero sus últimas palabras antes de ser amordazada, fueron: “¡Deja de presumir! Los que no están hechos para mandar perderán al final!”

Luché con la perra. Y continuaré luchando del mismo modo. En cuanto a mi matrimonio arruinado, mala suerte, pero no siento remordimiento alguno. Sabía mejor que nadie el grado de estupidez de mi mujer. Aunque convivimos sólo un corto tiempo, todo el asunto fue una sucesión de hechos penosos, desesperados. Cuando comíamos, no se sentía bien si no olía la comida antes de llevarse a la boca. La comida no le sabía bien a menos que la introdujera precisamente cuando toda su saliva fluía; luego masticaba lo más ruidosamente posible. No podía estar tranquila sin rascarse alguna parte del cuerpo, y siempre tenía consigo un rascador de espalda. También le daba por los anillos; su interés por ellos era anormal: llevaba tres en cada mano y para colmo los cambiaba por lo menos una vez al día. Y desde luego, le gustaba cualquier hombre que la abrazara. . .

A pesar de todo esperaré. Persistiré en mi lucha con la perra, y seguiré esperando. Pero mientras tanto, me gustaría que me consiguieras un trabajo de ilustrador de revistas o libros.

Todavía ahora, la perra me pone unos ojos terribles. Es lista, y es posible que un día encuentre el modo de desatar su correa. Por otra parte, igual que yo, la perra está al borde la inanición. No creo que tú puedas entender lo que esto significa. Te lo ruego: dame una mano. Aunque a mi manera, creo que estoy luchando por la humanidad.

